

Ilusión – maestros y discípulos

Julián Marías¹

Hay una forma particular de amistad que ha tenido en la historia singular relieve y alcance, que ha sido uno de los motores de la historia, y sobre todo de la transmisión y creación de la cultura: la que existe, la que puede existir al menos, entre maestros y discípulos.

Es una amistad, salvo excepciones, desigual: en función, por supuesto; casi siempre, en edad. Durante mucho tiempo ha sido predominantemente masculina; en nuestra época, y cada vez más, abarca a los dos sexos, y ni siquiera el papel de maestro está restringido al varón. Esto hace que esa relación sea mucho más compleja y matizada. Y un elemento característico es la desigualdad numérica: no se trata de dos amigos, ni de varios en condiciones análogas, sino de una polaridad: un maestro y varios discípulos (si esto no ocurre, se trata de casos excepcionales).

Lo más propio de esta relación es que es intrínsecamente *argumental*, tan programática que la docencia comprende entre sus elementos un *programa* más o menos fijo y explícito. El maestro tiene que enseñar algo; los discípulos han de aprenderlo; si se toma una perspectiva algo distinta, se trata de la *formación* (*paideía*, *Bildung*) de unos jóvenes por una persona mayor que intenta sacar de ellos (*educatio*) su contenido más verdadero. Los proyectos vitales actúan, pues, en esa relación. Por eso es normal -aunque no forzosamente frecuente- que esa relación se convierta en amistad, que puede ser muy profunda y duradera. (Secundariamente puede haberla entre los discípulos, y de hecho las más vivaces y largas amistades suelen tener ese origen, pero son diferentes de la que aquí me interesa. En ocasiones, pero no siempre, están nutridas por la amistad hacia o con el maestro, que establece el proyecto común en torno al cual se constituye la amistad de los estudiantes entre sí.)

Lo que quiero señalar, lo que me mueve a considerar aparte la amistad nacida de la docencia, es que un ingrediente suyo suele ser -tiene que ser si la docencia misma es profunda- la *ilusión*. Si los estudiantes no esperan ilusionados la llegada del maestro, su presencia, su enseñanza, no funciona para ellos como maestro, sino a lo sumo como «docente» o «profesor». Si el maestro, por su parte, no siente ilusión por su menester, y concretamente por sus discípulos, en grado muy alto por algunos, su función es una forma deficiente, una degeneración de una vocación. Uno y otros tienen que *esperar*, anticipar, sentir complacencia, asociarse a las trayectorias ajenas. Si esta ilusión falta, la auténtica función no se cumple.

Y esta es una de las razones, quizá la más fuerte, de la crisis de la docencia en nuestro tiempo. La masificación, la politización -que lleva a la utilización o manipulación-; el hecho de que la docencia se haya convertido en una «profesión» no desdeñable, no demasiado mal retribuida, abrazada por muchos que la ejercen como otra cualquiera, sin particular vocación; la falta de estimación o admiración de los

¹ Renomado filósofo espanhol, falecido em 15-02-05. Esta página procede do Cap. VI de seu *Breve tratado de la ilusión*, Alianza Editorial, 2001.

estudiantes por los maestros, su desconfianza inicial, todo eso hace que en muchos casos las funciones docentes, y en particular las universitarias, se realicen sin ese elemento de ilusión, que en Platón era interpretado como un ingrediente erótico -pero la voz griega *éros* es extraordinariamente ambigua e induce a confundir cosas muy diversas-. Es posible que si en las lenguas en que se ha pensado -en español hasta ahora no demasiado- hubiera existido la palabra ilusión en su sentido positivo, en el que aquí nos ocupa, muchas cosas que parecen oscuras o inquietantes resultasen más claras.

Recebido para publicação em 23-01-15; aceito em 22-02-15